

LA JORDANIA DE LAWRENCE

DESIERTO DE WADI RUM.
Formaciones rocosas en
este paisaje árido del sur
de Jordania.



ADEMÁS DE ARQUEÓLOGO Y ESCRITOR,
T. E. LAWRENCE FUE UNA DE LAS FIGU-
RAS MILITARES MÁS CONTROVERTIDAS,
COMPLEJAS E INTERESANTES QUE HAN
SURGIDO EN LA HISTORIA INGLESA.
BUSCAMOS SU RASTRO DESDE EL DE-
SIERTO DE WADI RUM HASTA LAS RUINAS
DE PETRA, LA ANTIGUA CIUDAD DE LOS
NABATEOS, PASANDO POR LA COSTA DE
AQABA, EN EL MAR ROJO

TEXTO XAVIER MORET FOTOS AGE FOTOSTOCK

LA PELÍCULA



TÍTULO MÍTICO

El largometraje *Lawrence de Arabia*, dirigido por David Lean en 1962, fue una superproducción de Hollywood destinada desde sus inicios al éxito. Fue galardonada con siete *oscar*s: mejor película, director, escenografía, fotografía, montaje, banda sonora y sonido. Y muchos críticos echaron en falta el de mejor actor para Peter O'Toole, que encarnó como nadie —esos ojos azules en el desierto— a T. E. Lawrence. La música de Maurice Jarre y el rodaje en escenarios naturales contribuyeron a que fuera un gran éxito de público, aunque no sólo se filmó en el desierto de Wadi Rum, en Jordania, sino también en el sur de Marruecos, en varios lugares de Sevilla, en el desierto de Tabernas y en la playa del Agarrobico de Carboneras, en el cabo de Gata (Almería). La gran repercusión mundial del filme, del que se estrenó una versión restaurada en 1989, de 216 minutos, contribuyó a reforzar el mito de T. E. Lawrence, un personaje legendario que forjó su ambigua personalidad en el desierto y en contacto con los árabes.



En el desierto de Wadi Rum, al sur de Jordania, hay siete rocas que apuntan al cielo a las que a alguien se le ocurrió llamar “los siete pilares”, en un claro homenaje al libro de Thomas Edward Lawrence *Los siete pilares de la sabiduría*. En el pueblo más cercano hay un Lawrence Supermarket y, si te adentras en el desierto, encuentras la fuente de Lawrence y la casa donde dicen que vivió Lawrence. Hay mucho Lawrence en Wadi Rum. Y es que Lawrence de Arabia —más la película que el personaje, la verdad— ha marcado este paisaje desértico al que acuden cada año miles de turistas en busca de los escenarios que acogieron a todo un personaje de leyenda.

Conviene aclarar de entrada un malentendido que se basa en otro malentendido. Es rebuscado, pero Lawrence nunca fue fácil. El malentendido es que estas rocas de los siete pilares, que ni siquiera son siete, no tienen nada que ver con el libro de Lawrence, titulado así porque el autor había previsto un libro anterior basado en siete ciudades. Al final apareció el proyecto, pero mantuvo para un nuevo libro el mismo título, sacado de *La Biblia*, del capítulo noveno del *Libro de los Proverbios*: “La sabiduría había construido una casa, había labrado sus siete pilares”.

T. E. Lawrence nació en Gales en 1888 y murió en 1935, a los 47 años, en un accidente de moto en

Inglaterra. Militar, arqueólogo y escritor, se graduó en Historia en Oxford con una tesis sobre la influencia de las cruzadas en la arquitectura militar europea. Oriente Medio le atraía. En 1909, viajó por primera vez a Siria, donde visitó castillos cruzados como el impresionante Krak de los Caballeros y estudió la lengua y costumbres de los beduinos. En 1914, empezó a trabajar para el servicio secreto y al estallar la Primera Guerra Mundial fue destinado a El Cairo. En 1916, cuando se inició la gran revuelta árabe contra los turcos, llegó el gran momento de Lawrence. Los atentados contra la vía del tren, vestido de árabe, para cortar los suministros de los turcos, y la conquista en 1917 de Aqaba, el único puerto que aún dominaban los turcos en el mar Rojo, le otorgaron una fama que perduró más allá de su muerte.

Al final de la guerra, Lawrence lamentó el incumplimiento de las promesas hechas por las grandes potencias a sus amigos árabes. Regresó a Oxford, donde escribió *Los siete pilares de la sabiduría*, un libro en el que quiso dejar claro que “la historia que contienen estas páginas no es la del movimiento árabe, sino la mía en él”. Y tras poner por escrito: “Nos agradaba estar juntos a causa de la amplitud de los lugares abiertos, el sabor de los fuertes vientos, la luz del sol y las esperanzas por las que trabajábamos”, sentencia: “Vivíamos muchas vidas en aquellas turbulentas campañas”.



Los siete pilares de la sabiduría es un libro en el que Lawrence expresa su amor por el desierto, aunque también contiene minuciosas descripciones de marchas y combates. “Los muertos parecían sorprendentemente hermosos”, rememora tras una batalla. “La noche resplandecía mansamente y los suavizaba dándoles un nuevo tono marfileño”.

Lawrence se alistó en 1922 con seudónimo en la Fuerza Aérea, pero en 1923, después de que la prensa revelara su identidad, se inscribió como soldado raso en una unidad de tanques. Tras regresar a la Fuerza Aérea, sirvió en la India durante 10 años y publicó otros libros y una traducción de *La Odisea* de Homero. En mayo de 1935 llegaría el accidente de moto que le causó la muerte.

LA FASCINACIÓN DE WADI RUM

Lawrence, que ya fue una leyenda en vida, lo fue aún más tras su muerte. Para los mitómanos hechizados por su misteriosa personalidad, llegar al desierto de Wadi Rum supone sin duda un hito. Ya antes de llegar, cuando la vía de un tren minero cruza las dunas, resulta fácil imaginar a Lawrence dinamitando un convoy turco. Unos kilómetros más adelante, cuando la arena y las rocas se entrelazan para dar lugar a un paisaje de ensueño, el encanto sube muchos enteros. Lawrence llegó a Wadi Rum con la idea de sorprender a los turcos, fortificados en Aqaba, llegando

desde el interior del desierto y no por mar. Fue una larga marcha en la que tuvo que recorrer 1.400 millas en camello durante cuatro semanas. Llegó exhausto, sucio y mal alimentado, “con unas ropas que de puro sucio se me pegaban a las rozaduras producidas por la silla (...) y con ganas de comer algo más digerible que dátiles verdes y nervios de camello”.

En Wadi Rum, donde los riscos negruzcos y rojizos se alternan con grandes extensiones de arena, Lawrence escribe: “Los paisajes son así de vastos y silenciosos en los sueños de la infancia”. Y añade: “Nuestra pequeña caravana se volvió tímida y se quedó en absoluto silencio, temerosa y avergonzada de hacer ostentación de su pequeñez en presencia de aquellas prodigiosas montañas”.

Wadi Rum condensa toda la fascinación del desierto, aunque hoy ya no sea el lugar apacible de los días de Lawrence. La soledad, para empezar, se ha esfumado, el aparcamiento está lleno de autocares y alrededor del Centro de Visitantes se congregan cientos de beduinos que ofrecen excursiones a camello, a caballo, andando o en todoterreno por el desierto.

PETRA. Atardecer sobre la antigua ciudad de los nabateos. A Lawrence de Arabia le salió aquí un competidor cinematográfico: Indiana Jones.



NOAH GRANO



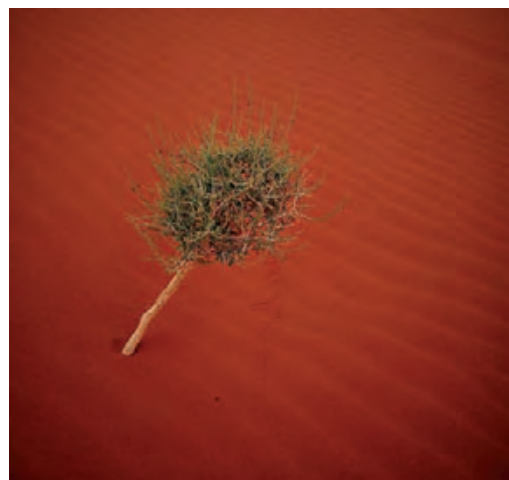
ANOCHECER EN AQABA. Hoy tiene a su favor un clima más agradable que el del desierto, pero es un despliegue de modernidad.

WADI RUM CONDENSA LA FASCINACIÓN DEL DESIERTO, AUNQUE HOY EN DÍA NO ES EL LUGAR APACIBLE DE LA ÉPOCA DE LAWRENCE

► El paisaje sigue siendo impresionante, aunque la proliferación en la arena de las huellas de neumáticos, que se cruzan y cruzan como en un episodio de *Tintín en el país del oro negro* se ha llevado buena parte de su encanto. Escribió Lawrence sobre la dureza del desierto: “Teníamos la sensación de hallarnos en una tierra ominosa, no apta para la vida”.

La fuente de Lawrence era, cuando el militar se bañó en ella, una cascada que caía majestuosa desde lo alto de una colina rocosa, pero hoy ha sido canalizada y es sólo un abrevadero para camellos. Muy

cerca hay una roca con inscripciones nabateas y un chiringuito donde se venden recuerdos y



bebidas. Los tiempos han cambiado y ya no hay peligro de morir de sed, un final horrible según describe Lawrence en su libro: “No es una muerte lenta, pero sí muy dolorosa, pues la sed es una enfermedad activa, un miedo y un pánico que hacen perder la cabeza y convierte al hombre más valiente en un maníaco vacilante y balbuceante en una o dos horas. Y después el sol lo mata”.

A una distancia asequible está Khazali Canyon, una estrechez entre rocas donde mana el tesoro del agua y donde se encuentran la arena blanca y roja del desierto. Una casa en ruinas, donde dicen que durmió Lawrence, las dunas más altas y un muro rocoso con antiguos grabados de camellos completan un entorno laberíntico de valles secretos y montañas rocosas que cambian de color a medida que el sol decae.

Disfrutar del atardecer desde lo alto de unas rocas es un privilegio en Wadi Rum, como también lo es pasar la noche en el desierto. “Los modos de vida beduinos resultan incluso duros para quien se ha criado en ellos y son terribles para los extranjeros: una muerte en vida”, escribe Lawrence. Y sigue: “La locura está muy cerca” en el desierto. No le falta razón, aunque también la belleza acecha en cada rincón.

HACIA AQABA

Lawrence y sus hombres solían dormir al raso. “Sin tener sobre nuestra cabeza nada más que la luna y las estrellas”. Pero para los grupos turísticos se levantan hoy en Wadi Rum grandes tiendas que son como mundos cerrados que intentan camuflarse, sin lograrlo, al pie de los acantilados rocosos. Se gana en comodidad, pero se pierde magia. Y no se puede sentir los que sintió Lawrence: “Por la noche nos empapaba el rocío y los innumerables silencios de las estrellas nos avergonzaban hasta la insignificancia”.

Si uno logra alejarse lo suficiente de los grandes grupos, Wadi Rum puede ser el desierto de todos los desiertos, pero el viaje de Lawrence prosiguió, como una obsesión, hasta llegar a Aqaba, el lugar límite que conquistara Lawrence, “el último puerto turco en el mar Rojo”, es hoy una moderna ciudad que tiene a su favor un clima mucho más agradable



que el del desierto. Abundan los McDonald's, Burger Kings y Pizza Huts y una juventud sin complejos se pasea por la orilla de un mar que esconde el preciado tesoro de los arrecifes de coral. Al final del paseo marítimo, junto a una enorme bandera de Jordania, está lo que queda del fuerte que protegía la ciudad en tiempos otomanos. Pura ruina, aunque el eco lejano de Lawrence la dignifica.

Ante tamaño despliegue de modernidad, con muchos hoteles cinco estrellas y barrios cerrados para ricos, a uno le viene a la cabeza una frase que un beduino le lanzó en cara a Lawrence: "¿Por qué los occidentales lo desean todo siempre?"

LAS RUINAS DE PETRA

En las montañas que se suceden entre Aqaba y el mar Muerto, entre 800 y 1.300 metros de altura, se encuentra la ciudad secreta de Petra, una maravilla esculpida en la roca que permaneció oculta durante muchos siglos a los ojos de los occidentales, hasta que el suizo Jean Louis Burckhardt la redescubrió, disfrazado de beduino, en 1820. Importante enclave del reino nabateo, Petra fue durante siglos parada obligada en la Ruta de la Seda, hasta que los terremotos y la decadencia del comercio la llevaron al abandono. Romanos, árabes y cruzados la ocuparon durante siglos, y Lawrence previó instalar en ella una avanzada que protegiera la recién conquistada ciudad de Aqaba.

A Lawrence de Arabia, sin embargo, le salió un buen competidor cinematográfico en Petra, ya que las ruinas se asocian hoy con Indiana Jones, que en su

tercera aventura entra a caballo por el angosto cañón hasta quedar deslumbrado por el tesoro esculpido en la roca. Más allá, en este lugar único, quedan las maravillosas tumbas, la piedra del Sacrificio y el fabuloso monasterio, medio oculto en la montaña. O la Pequeña Petra, un lugar más discreto, donde acampaban las caravanas, no tan hollado por los grandes grupos de turistas.

CASTILLOS CRUZADOS

Volviendo a Lawrence, las fortalezas cruzadas de Shobak y Karak, que estudiara el militar durante su estancia en Oxford, merecen también una visita. Se encuentran cerca de Petra y hay que decir que el castillo de Shobak, aislado en un remoto paisaje de montaña, permite evocar los viejos tiempos de las Cruzadas casi sin interferencias contemporáneas. El de Karak es otra cosa, ya que se levanta en medio de una moderna ciudad, pero su buen estado de conservación permite gozar de un paseo arqueológico a lo largo de distintas épocas, siempre con unas excelentes vistas de águila sobre la ciudad, sobre la antigua Sodoma y sobre los caminos que conducen al Mar Muerto.

El recorrido por la Jordania de Lawrence puede encontrar aquí su punto final, aunque para ser exhaustivos habría que traspasar la frontera y llegar hasta Dera, una población del desierto de Siria donde Lawrence fue detenido y torturado por militares turcos y, donde, según sus propias palabras, perdió algo: "La ciudadela de mi integridad".



'LOS PILARES DE LA SABIDURÍA'. En su último libro, Thomas Edward Lawrence relata su experiencia militar y humana durante la guerra de británicos, franceses y árabes contra turcos y alemanes, durante la Primera Guerra Mundial. Arriba, el castillo de Karak.